

La independencia en la novela histórica chilena

L'histoire est un roman qui a été, et le roman de l'histoire qui aurait pu être.

E. et J. de Goncourt

DE la lectura de un estudio que publicamos en 1949 sobre la novela histórica chilena en su conjunto, es decir, sus orígenes y evolución, además, de las influencias extranjeras, se puede seguir el análisis de cuatro ciclos muy netos en su desarrollo. Estos ciclos o sagas, valga la expresión superlativa, a que han aplicado los novelistas sus creaciones se basan en cuatro épocas, que marcan con relieve la historia de Chile: ciclo de la Colonia, ciclo de la Independencia, ciclo de la Guerra del Pacífico y ciclo de la Revolución de 1891.

Son muy pocas las novelas chilenas de carácter histórico que no pueden inscribirse dentro del marco de estos períodos. Se dan en las épocas señaladas los motivos más inspiradores y energéticos que moldean el acontecer histórico; se confrontan en ellas hechos heroicos, trágicos y dramáticos en todas las escalas; figuran, además, personajes que por su significado han tenido grande y estrecha participación en esos sucesos, que se prestan para la resurrección histórico-novelesca, que no sea sólo la fría y documentada de la historia auténtica.

Todos estos elementos han provocado la inspiración de varios novelistas nacionales, autores de algunas novelas históricas, aunque no todas de mérito ya que no pasan de ser mediocres folletines o novelones proclives a la truculencia y el mal gusto, defectos por lo demás notables en otras literaturas.

En el período de la Independencia, que nos interesa ahora, diversos novelistas han encontrado temas para escribir creaciones de fantasía mezcladas a acontecimientos verdícos, en que se codean al lado de los personajes novelescos, figuras de carne y hueso, que tuvieron destacada participación en los diferentes sucesos de la Revolución y de la guerra de la Emancipación, entre los cuales no faltan padres de la patria y próceres civiles y militares. Sobre esta época tan llena

de matices heroicos y dramáticos, escribió, precisamente, Alberto Blest Gana su inmortal *Durante la Reconquista*, que pasa por ser la mejor novela histórica chilena y una de las más notables de este mismo género en Hispanoamérica.

La época novelada por los escritores que más adelante estudiaremos, está enmarcada—según la historiografía— dentro del 18 de septiembre de 1810, fecha de la instalación de la Primera Junta de Gobierno, y el 5 de abril de 1818 en que tuvo lugar la batalla de Maipo, que afianzó definitivamente la Independencia. Sin embargo, esta última fecha debe ser desplazada más adelante para considerar también los sucesos de la llamada Guerra a muerte, en la frontera araucana, hasta la pacificación en 1824, y asimismo es historia de la Independencia, la conquista del último dominio español en Chiloé, que se extiende hasta 1826, durante el gobierno del general Freire. Precisamente, algunas de las novelas consideradas más adelante, se desarrollan en estos períodos.

Al dar comienzo al estudio de las primeras novelas históricas basadas en la lucha por la Independencia, el investigador se encontrará, no con la abundancia de obras que hagan difícil su examen por la cantidad, sino todo lo contrario, ya que este género netamente romántico, se dio con mucha parquedad en Chile. En sus orígenes, por lo tanto, el investigador tendrá para su estudio sólo meros intentos o esbozos, expresados en episodios o simples cuentos, en que la materia histórica está fundida con mucha timidez a la trama, y esta última no de muy buena ley tampoco.

Hablando en general, nuestra verdadera novela histórica comienza sólo en 1852, con la aparición de *El Inquisidor Mayor*, de Manuel Bilbao, que no se refiere precisamente a la época de la Independencia, sino

que narra escenas de la vida colonial limeña.

En nuestro ensayo publicado en 1949 dimos como posible causa de esta carencia de novelas históricas en nuestro país, la enorme difusión de novelas extranjeras de esta especie que se propagaron, igual que una plaga, en todas las capas sociales del público lector de Chile, en especial las de Walter Scott, de Dumas padre y de diversos escritores españoles, las cuales fueron leídas en ediciones venidas de la Península o en traducciones impresas en Chile, publicadas, las más, en los folletines de los periódicos de Santiago.

Esto, decíamos en nuestro opúsculo, provocó, de seguro, por reacción una especie de inhibición de los novelistas chilenos que no tuvieron voluntad para probar sus fuerzas en creaciones originales que pudieran competir con aquéllas¹.

La causa señalada, con seguridad influyó negativamente en el sentido de que no se cultivase con más asiduidad la novela de tema histórico. Ahora bien, en el estudio de la novela con base en los hechos de la Emancipación, a la época en que nos estamos refiriendo, habría que añadir, además, otro factor que influyó, asimismo, en este escaso cultivo por parte de los escritores nacionales.

Sería éste la estrecha proximidad de los hechos históricos de la Revolución y de la Guerra emancipadora con respecto de los escritores de las primeras décadas del siglo XIX, cuando todavía los sucesos y las pasiones de aquel momento no se habían aquietado del todo.

Además, tampoco existía en este tiempo la abundante y notable historiografía que varios años después adquirió todo su esplendor en las obras de Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna y otros historiadores que han tratado la época de la Independencia. Se carecía, asimismo, de las fuentes documentales, con exhumación de archivos y papeles, que más tarde han facilitado la labor del escritor que desea resucitar épocas pasadas.

Creemos que es interesante enumerar someramente las pocas fuentes históricas con que contaban nuestros primeros novelistas,

entre las cuales sobresalen las Memorias presentadas a la Universidad de Chile:

Memoria sobre las primeras campañas en la guerra de la Independencia de Chile, por Diego José Benavente (1845).

Memoria histórica sobre la Revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814, por Fr. Melchor Martínez (1848).

Memoria sobre el primer gobierno nacional, por Manuel Antonio Tocornal (1848).

Estudios históricos sobre Vicente Benavides y las campañas del Sur. 1818-1822, por D. Barros Arana (1850).

Chile desde la batalla de Chacabuco hasta Maipo, por Salvador Sanfuentes (1850).

La Reconquista española, por Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui (1851).

Revista de la Guerra de la Independencia de Chile desde 1813 hasta 1826, por José Ballesteros (1851).

Historia general de la Independencia de Chile, por D. Barros Arana (1854-58).

Campañas de Chiloé, por D. Barros Arana (1856).

Historia de la Independencia chilena, por Claudio Gay (1856).

Además, las revistas y periódicos de la época comenzaron a publicar diversos artículos de carácter histórico sobre este mismo período, en especial dedicados a sucesos militares. No hay para qué decir que en la generalidad, tanto en los libros anteriormente citados, como en estos artículos, el espíritu que animaba a sus autores, salvo los del bando realista, era de abierto anti-hispanismo. Este tinte pasó, también, a algunos de los relatos citados más adelante.

El primero de los autores que es necesario nombrar es José Victorino Lastarria (c. 1817-1888), el promotor del movimiento literario de 1842, que en su "novela corta", como se diría hoy, o cuento, según otros, *El mendigo*, publicado en *El Crepúsculo*, de 1843,² a la par de una historia de amores desgraciados, hace actuar a su héroe junto a las tropas patriotas en el sitio de Chillán (1813), y más tarde, al lado de O'Higgins, en la memorable batalla de Rancagua (1.º-2 de octubre de 1814).

El biógrafo de Lastarria, Alejandro Fuenzalida Grandón, al comentar la citada pieza novelesca escribe: "El estilo de esta na-

¹ En un ensayo reciente nuestro, hemos aventurado otra tesis posible sobre el pobre cultivo de la novela histórica por parte de nuestros novelistas del romanticismo. Véase *La novela histórica y el romanticismo en Chile*, en revista *Atenea*, 1960, número especial, dedicado a la novela chilena.

² *El mendigo* se publicó en los números 7 y 8, correspondientes al 1.º de noviembre y 1.º de diciembre de *El Crepúsculo*. Ha sido recogido en diversas obras misceláneas de Lastarria, y en el tomo XII de sus *Obras Completas* (Santiago, 1913), págs. 7-52.

rración es vivo, y tiene todos los encantos y bellezas que son el patrimonio de su pluma privilegiada. Narra los amores de un infeliz, nacido en La Serena, y que de una regular posición social, vino a parar en la infima de un mendigo. Los episodios, llenos de interés y sentimiento, son tan desgraciados que concluyen por acabar con la razón del protagonista de este drama de amor, a cuyo fin no contribuye menos la inconstancia de una mujer, que la propia mala estrella del desafortunado mancebo. Como epílogo de esos amores están la felicidad de la infiel Lucía en brazos de otro y la miseria del pobre Alvaro que arrastra los andrajos de la mendicidad, más livianos de llevar que los andrajos del alma cuando la rompe y hace jirones la deslealtad. Si hubiera de ponerse algún reparo a esta producción, sería por la poca viveza del diálogo, pues la forma de la narración es el relato que hace el propio protagonista, forma que no se presta para darle movimiento desembarazado y flexible, que es un elemento tan indispensable en composiciones novelescas".³

Además de la "nouvelle" anteriormente citada, tiene Lastarria otra narración, basada en la misma época, con más carácter de cuento, titulado *Rosa*, aparecido en 1847, cuya intriga se desarrolla entre la víspera de la batalla de Chacabuco (12 de febrero de 1817) y la jura de la Independencia (12 de febrero de 1818).⁴

Otro precursor de la novela chilena que cabría, también, en este período, es Wenceslao Vial Guzmán (1822-1864), autor de una novela breve, escrita en forma de cartas, titulada *La vida de un amigo o un primer amor* (1846).⁵ Un historiador de la novela chilena escribe respecto de ésta: "Puede decirse, en elogio de Vial, que escogió un camino leal para entrar en contacto con su público: la escena de la novela es Chile, sus personajes son chilenos y el desenlace que busca —la muerte gloriosa del protagonista, despechado, en la expedición libertadora

del Perú, en 1820— vincula el relato a la realidad histórica nacional".⁶

En 1848 se publicaron en la *Revista de Santiago* dos episodios, con los títulos de *Talcahuano*, uno, y de *Pascual Arredondo*, el otro, bajo el nombre general de *Escenas de la guerra de la Independencia*. Su autor era Santiago Lindsay (1825-1876), joven que tuvo destacada participación en la alborada literaria de 1842. Desgraciadamente esos episodios que prometían ser de más aliento quedaron sólo como muestras aisladas de una novela no concluida.

Trascurren los años y casi nada se puede espigar en el tema que nos preocupa. Así, por ejemplo, en 1855, Eusebio Lillo (1826-1910), da a luz en la *Revista de Santiago*, un embrión de novela, o mejor dicho, tal como se titula, un *Episodio de una novela inédita*, que nunca prosiguió, dedicado su autor a otras labores literarias, en especial a las poéticas, en donde iba a segar laureos de mejor ley. En dicha narración vuelve a aparecer incidentalmente la batalla de Rancagua mezclada a la trama imaginativa.

Con más hechura de novela histórica nos parece la titulada *Un rapto*, del periodista y autor de artículos de costumbres, Román Vial (1833-1896), publicada en 1860 por la *Revista del Pacífico*, de Valparaíso. El desenlace del enredo novelesco en que intervienen sus protagonistas se precipita a la fecha de la batalla de Maipo (5 de abril de 1818).⁷

Forzando un poco el encuadre del período en que estrictamente habría que localizar a las diversas novelas, como las que venimos estudiando y las siguientes que veremos más adelante, se podría mencionar a *Mariluán*, de Alberto Blest Gana (1830-1920), dada a luz en 1862, cuyo tema de índole indigenista, por la fecha de actuación de los protagonistas en la novela se desarrolla con posterioridad a la denominada Guerra a muerte. Raúl Silva Castro, notable conocedor de la vida y obra del novelista, expresa lo siguiente, sobre esta producción: "Al escribir *Mariluán* quiso el autor aparentemente estudiar las reacciones sentimentales del contacto de dos razas, la chilena y la araucana, no sólo en la vida de las

³ A. Fuenzalida Grandón, *Lastarria y su tiempo* (Santiago, 1911), I, p. 91.

⁴ *Rosa (Episodio histórico)*, apareció por primera vez en *El Progreso*, de 21 de Junio de 1847. Se encuentra en *Obras Completas*, citadas, t. XII, págs. 81-89.

⁵ Esta novela se publicó en los folletines de *El Progreso*, 11 de mayo-27 de mayo de 1846, y, además, en un opúsculo de 59 págs.; cf. L. I. Silva, *La novela en Chile*, p. 335.

⁶ R. Silva Castro, *Panorama de la novela chilena* (México, 1955), p. 21.

⁷ *Un rapto*, lleva, además, como subtítulo el de "Novela histórica" y aparece entre las páginas 712-727 y 758-772, de la revista citada, t. II, 1860. Fue recogida después en la obra *Costumbres chilenas*, del mismo Román Vial (Valparaíso, 1889, 1892, 2 vols.).

ciudades de la frontera, antes de la pacificación definitiva de la Araucanía, sino sobre todo en el alma de un individuo que tiene las dos sangres y ha conocido la civilización de los dominadores de su pueblo". Y agrega más adelante el crítico mencionado: "El episodio debe haber sido imaginado por el autor sobre alguna de las múltiples incidencias en que fue abundantísima la guerra de la frontera en los años inmediatamente siguientes a la Independencia, cuando pretensos defensores del Rey levantaron a los araucanos contra el gobierno de Chile y cuando bandidos de profesión o de ocasión sublevaron a las tribus y pasaron a cuchillo a los pueblos fronterizos. Libros como *La Guerra a muerte* de Vicuña Mackenna y *Crónica de la Araucanía* de Horacio Lara, están llenos de episodios en los cuales el novelista puede beber inspiración. El nombre mismo de Mariluán no es difícil de encontrar en el pueblo aborigen y un cacique que lo llevó figura ajustando paces con el Gobierno".⁸

La mujer de letras, doña Rosario Orrego (1834-1879), entre otras producciones tiene, también, una novela de corta dimensión, en que desarrolla un episodio sangriento de la época de la Reconquista española; su título es *Teresa*, y apareció en una entrega de la *Revista de Valparaíso* (1874), publicación de la cual era asimismo directora.

Al grupo de los folletínistas o novelistas populares, que gozaron de enorme éxito en el siglo pasado y cuya lectura todavía es solicitada por el público, adicto a esta clase de novelas, pertenece Liborio Brieba (1841-1897), autor de numerosas novelas truculentas, a la manera del folletínista español Fernández y González. Para nuestro objeto nos interesan las dos siguientes dedicadas a describir episodios de la Reconquista, las cuales todavía son reimpresas a causa del interés que despiertan. En 1871 apareció *Los Talaveras*, y más tarde, en 1875, su continuación con el nombre de *El capitán San Bruno o el escarmiento de los Talaveras*; esta última consta de tres abundantes volúmenes.

Es interesante conocer sobre estas producciones folletinescas el juicio que ellas le han merecido al distinguido historiador Domingo Amunátegui Solar. Sobre *Los Talaveras* dice lo siguiente: "El autor eligió como cuadro el gobierno del Capitán General don Mariano Osorio, que él había estudia-

do en la obra de Barros Arana, *Historia general de la Independencia*; pero el tema en que concentró todo el interés del drama son los atropellos y violencias de los soldados españoles del batallón de Talavera contra los vecinos de Santiago".

La opinión de Amunátegui Solar sobre la segunda novela, *El capitán San Bruno*, es como sigue: "El relato que había empezado con la heroica defensa de Rancagua por O'Higgins, en los primeros días de octubre de 1814, terminaba con el triunfo de Chacabuco, y el fusilamiento de San Bruno, aborrecido capitán del batallón realista.

"Un cuarto de siglo más tarde, describía Blest Gana los mismos sucesos en su hermosa obra *Durante la Reconquista*. Ambos novelistas creyeron que ésta era la más conmovedora de las tragedias de nuestra vida de nación.

"Entre la novela de Blest Gana y la de Brieba no hay otra semejanza que la señalada. Los personajes y las aventuras de la parte fantástica son completamente diversos en una y otra obra. Los hechos históricos han sido respetados por uno y otro autor.

"Blest Gana, con el pleno conocimiento de su responsabilidad, estudió a fondo los acontecimientos de la época, a fin de dar exacto colorido a los lances que refiere. Sus personajes parecen reales, y, en general, piensan y obran inspirados en las ideas y sentimientos de aquellos luctuosos años.

"Por la inversa, con la excepción de los hechos públicos y muy conocidos, como la batalla de Rancagua y la fuga de los patriotas a Mendoza, la matanza de los presos en la cárcel de Santiago, dirigida por San Bruno, los sufrimientos de los chilenos desterrados en Juan Fernández, las hazañas de Manuel Rodríguez, y la batalla de Chacabuco, que narra con relativa veracidad, el autor de *Los Talaveras* no siente escrúpulos para inventar numerosas aventuras reñidas con el espíritu de aquel tiempo, y para poner en escena a personajes imaginarios, cuyos actos heroicos no podrían atribuirse sin menosprecio del buen sentido a seres de carne y hueso.

"Se comprende que tales hazañas, de ordinario dirigidas por chilenos contra soldados realistas, hayan despertado gran interés en los lectores jóvenes; pero, al mismo tiempo, se explica que, después de los primeros entusiasmos, esta grosera falsificación de la historia, haya recibido severas críticas del público imparcial.

"La popularidad de *Los Talaveras* no tiene por única base el intencionado arte

⁸ R. Silva Castro, *Alberto Blest Gana* (Santiago, 1941), págs. 409 y 413.

con que el autor despierta la noble pasión del patriotismo. Debe confesarse que Brieba poseía habilidad para manejar el diálogo, mover a los personajes, disfrazar hechos absurdos y hacerlos admitir como posibles. A fuer de buen discípulo de Dumas padre, narra con facilidad y elegancia; e introduce insensiblemente a sus lectores, sin que experimenten extrañeza, en un mundo imaginario, que por cierto está muy lejos del mundo en que vivimos".⁹

Al mismo género folletinesco pertenece *César el pirata o episodios del sitio de Chillán en 1813*, publicada en Santiago, en 1875, bajo el seudónimo "Esteban Alejandro" que corresponde al periodista español Eloy Perillán y Buxó (1848-1889), que residió por esa época en Chile.¹⁰

Otro folletínista de alto coturno, Ramón Pacheco (1845-1888), autor de novelas sobre la Guerra del Pacífico y otros novelones de crítica religiosa, dio a luz en el mismo año de 1875, *La monja endemoniada*, circunscrita a los días del gobierno de García Carrasco (1808-1810), que precedió a la Junta de Gobierno de 18 de septiembre de este último año.¹¹

Desde la altura de este año a que hemos llegado en nuestro recorrido tendrán que pasar todavía muchos otros para encontrar, al fin, un novelista de gran talla, que reivindicó, en nuestro medio, la novela de carácter histórico.

Durante la *Reconquista*, dada a luz en París, en 1897, por su autor, Alberto Blest Gana, cuando descansaba de una larga y agitada vida diplomática, es sin lugar a dudas la mejor contribución a la novela histórica chilena. Mucho se ha escrito sobre el novelista, su vida y su obra, por lo que estaría casi de más en un panorama sucinto como el presente, dedicado concretamente a las novelas de la Independencia, entrar en mayores detalles. Sólo deseamos recalcar algunos elementos históricos en la

obra blestganiana. Expresamos en nuestro ensayo anterior algunos conceptos que parecen oportunos traerlos de nuevo a colación: "Blest Gana calificado casi siempre restringidamente como costumbrista supera esta tendencia que lo ataba al romanticismo, a cuya generación pertenecía, para adelantarse no sólo a casi toda la literatura realista hispanoamericana, sino también a la de la Península.

"El realismo blestganiano se apoya y encuentra su mejor fuerza en la visión contemporánea de su sociedad y de sus grupos humanos, y también en la inmersión en el pasado fuera del "tempo" del autor. En el realismo evocador de épocas pasadas, que realizó Blest Gana, sobre todo en su novela cumbre, se destaca la introducción maestra de elementos históricos, según la técnica de la novela histórica. . .

"No le era desconocida a Blest Gana la técnica de la novela histórica, cuyos principales cultivadores conocería seguramente, debido a la gran popularidad de que gozaba esta clase de obras. Hay constancia documental de que en la niñez de don Alberto, el padre leía a sus pequeños hijos, novelas de Walter Scott. Mas, en sus propias obras novelescas no siguió muy de cerca este famoso modelo, sino que amantado en la tradición literaria francesa, en la romántica en especial, se dio como modelo a Balzac, según su propia confesión. . ." ¹²

Es interesante conocer las ideas del historiador Barros Arana, en página poco conocida, en que se confrontan y analizan los elementos históricos injertados en la trama de esta novela. Dice el autor de la *Historia general de Chile*: "El autor hace pasar la escena en Santiago y en su provincia, durante los dos años y meses que siguieron al desastre de las armas patriotas en Rancagua. Reconquistado por el ejército español que mandaba el coronel don Mariano Osorio, Chile fue entonces teatro de una cruel y obstinada represión, con que los vencedores pretendían extinguir los gérmenes de independencia y libertad que se habían desarrollado en los cuatro años anteriores. Por medio de un régimen violento de destierros, de presidios, de confiscaciones, de ejecuciones capitales y de verdaderos asesinatos, se proponían cimentar el terror, y en efecto, atemorizaron a las familias, a los hombres de carácter dé-

⁹ D. Amunátegui Solar, *Bosquejo histórico de la literatura chilena*, en *Revista chilena de Historia y Geografía*, N° 38, 1920, p. 50.

Las ediciones de las novelas de Brieba, citadas aquí, han sido numerosas. Mediante un artificio editorial, estos relatos de por sí abundantes, han sido divididos en diferentes partes, a cada una de las cuales se ha dado título propio.

¹⁰ En *La Novela en Chile*, por L. I. Silva, p. 114, se la menciona con 192 páginas, con la adición de "Únicas publicadas", por lo que se desprende que quedó sin concluir. Actualmente, esta pieza no se encuentra en la Biblioteca Nacional.

¹¹ *La monja endemoniada*, consta de 2 vols.; el segundo se publicó en 1876; cf. L. I. Silva, *ob. cit.*, p. 207.

¹² J. Zamudio, *La novela histórica en Chile* (Santiago, 1949), p. 32.

bil y a las mujeres que lloraban el suplicio y los tormentos de sus padres, de sus hijos, de sus esposos o de sus hermanos; pero exaltaron los odios contra la dominación extraña, popularizaron en todos los órdenes sociales las aspiraciones a tener un gobierno nacional, y prepararon la resistencia que iba a echar por tierra la dominación colonial.

“Ese período de angustias y de sufrimientos, lo es también de heroísmo y de gloria. Mientras en Mendoza se organizaba pacientemente el ejército que debía restaurar a Chile, se formaban dentro del país numerosas guerrillas que sin más armas que las que podían arrebatar al enemigo, atacaban a las partidas de éste, interceptaban sus comunicaciones, asaltaban a los pueblos, mantenían por todas partes la perturbación y la alarma, y obligaban a los jefes realistas a dividir sus fuerzas en una grande extensión de territorio, y a reconocerse impotentes para dominar un levantamiento que cada día se hacía más general y poderoso. Sin esas guerrillas, los españoles, dominadores de Chile, habrían rechazado, sin grandes dificultades, la agresión del ejército restaurador.

“Los acontecimientos de ese período, recordados con rasgos del más vivo interés por la tradición, y consignados también por la historia, son altamente dramáticos. El señor Blest Gana ha encontrado en ellos un teatro para su novela; y tejiendo una acción, o más propiamente dos acciones, de pura imaginación, la desenvuelve con maestría en medio de sucesos verdaderos que ha sabido contar con animación y colorido. Su procedimiento literario, semejante al que han empleado los grandes maestros de la novela histórica, le ha dado un excelente resultado, haciendo conocer al través de una trama novelesca, la defensa de Rancagua, las matanzas de la cárcel de Santiago, el asalto de Melipilla, muchos otros incidentes, y sobre todo el espíritu de la época, así como ha hecho el retrato más o menos completo y fiel de los personajes que en ella figuraban. Esta combinación feliz de la verdad y de la ficción, da a la novela del señor Blest Gana un interés palpitante, de tal modo que comenzada su lectura, no es posible dejar de llevarla a término.

“Como obra histórica, la novela del señor Blest Gana tiene un mérito real. El autor conoce bien la crónica de la época, la utiliza con habilidad, y cuando se aparta de ella en algunos accidentes, no lo hace

propiamente por error, sino para dar más interés a la relación. Los retratos de los personajes históricos, verdaderos en el fondo, tienen, sin embargo, ciertos matices que los exageran para el mejor efecto de la novela, y para hacerlos representar las ideas antagónicas de la situación”.

“Sobre la tela de esos hechos y de esos caracteres históricos, ha bordado el señor Blest Gana con rara habilidad la intriga de pura imaginación que constituye la novela. Esa intriga complicada, suficiente para dos novelas, a lo menos, está expuesta y desarrollada con verdadero arte, despierta y mantiene el interés, y demuestra un gran poder de observación de las pasiones y de los caracteres humanos, que es la primera dote de los grandes novelistas. El asunto de su novela es esencialmente dramático, la escena y el tiempo en que se desenvuelve la acción, son angustiosos y téticos; pero con verdadera maestría, recorriendo todos los órdenes sociales, desde el palacio de gobierno y la casa de los grandes señores hasta las tabernas y las más humildes viviendas, ha hallado cuadros de costumbres y lances de un alto poder cómico y de la más franca alegría..

“La larga residencia del señor Blest Gana fuera de Chile, explica ciertos errorcillos de detalle que se encuentran en su novela, particularmente en la designación de algunas localidades; pero es verdaderamente admirable que después de treinta años de ausencia de nuestro país, de treinta años pasados en medio de tantas y tan absorbentes ocupaciones y en sociedades tan diversas, haya conservado indeleble el recuerdo de nuestras costumbres de la época en que él era niño, y que no podían diferenciarse mucho de los usos y hábitos del tiempo de la reconquista española. El señor Blest Gana recuerda y describe con todo colorido no sólo las costumbres, las fiestas, las diversiones y los accidentes sociales de otro tiempo, sino el lenguaje nacional, con sus modismos y con sus proverbios caseros, de tal suerte que sus diálogos, siempre amenos y entretenidos, reflejan aquella sociedad, y son bajo este aspecto una verdadera enseñanza”¹³.

Lo que Barros Arana hacía notar respecto a la desfiguración de algunos personajes históricos en la pluma de Blest Gana, es

¹³D. Barros Arana, *Durante la Reconquista, novela histórica por don Alberto Blest Gana*, en *Anales de la Universidad de Chile*, t. 97, 1897, págs. 5-10.

comentado, asimismo, por el crítico Elio-doro Astorquiza en una aguda observación, que calza en lo que Alfonso Reyes, más modernamente, llama el "deslinde" entre historia y literatura: "No hay, sin embargo —escribe el crítico chileno—, novela más verdaderamente histórica que *Durante la Reconquista* y ello, precisamente, a causa de la desfiguración de los personajes históricos y de la introducción de personajes no históricos, que son la mayoría. Es que la única manera de que dispone una obra de imaginación para evocar las épocas pasadas es la de aspirar, no tanto a hacer revivir hechos que han ocurrido y personajes que han existido, sino a darnos idea del espíritu de esas épocas; no tanto a pintar individuos, sino grupos de individuos, encarnados en un tipo que resume sus ideales y su modo de pensar y de sentir en presencia de los acontecimientos. De este modo, de este solo modo podremos saber de una época lo que la historia oficial no nos dice, de este solo modo puede una novela ser histórica"¹⁴.

Por nuestra parte escribimos en el ensayo citado: "Muchos comentadores de la obra de Blest Gana han sobreestimado el valor histórico de *Durante la Reconquista*. Un crítico, Pedro N. Cruz, expresó que dicha obra "es de las novelas que completan a la historia". Y un historiador, Alejandro Fuenzalida Grandón, en su fervor por la obra exclama: "Es tal la fuerza que emana de esa producción, que enseña casi más que la historia misma". Tales juicios, y otros más que no consignamos en razón de la brevedad, no expresan otra cosa que la gran fuerza imaginativa y el arte literario —nótese bien: literario— para fusionar adecuadamente lo histórico a la intriga novelesca, lo cual en nuestro novelista viene a ser una sola y misma cosa.

"Hemos visto ya al principio de estos apuntes que la ciencia histórica sería no concede valor científico a semejantes producciones; más aún, nuestra historiografía de ese período, el de la revolución de la Independencia, cuenta con las magistrales obras de Amunátegui y de Barros Arana, en que se basó precisamente nuestro novelista. En el siglo XX, con las nuevas investigaciones históricas, se ha ampliado aún más y rectificado, también, varios conceptos de interpretación de la misma época, mientras que una novela no puede aceptar

estas rectificaciones, en su esencia, que si no vale por sus méritos literarios intrínsecos, muere, por más historia que haya consumido su autor. Tal cosa no podrá suceder con *Durante la Reconquista*, en que se dio forma literaria perdurable al "alma chilena en su lucha por la Independencia" (E. Astorquiza), lo cual está por encima de estimaciones históricas o eruditas"¹⁵.

Un último representante de los folletistas del siglo XIX es Alejandro Greek Cross (1877-1959), que escribió, entre otras, una larga novela de enredo amoroso, tejido a la par de las escenas guerreras del sitio de Rancagua, con el título de *La bandera negra* (1899-1900)¹⁶.

Un digno *pendant* de la novela de Blest Gana es *1810. Memorias de un voluntario de la Patria Vieja*, por Luis Orrego Luco (1866-1949), que apareció en 1905. El autor aspiraba a escribir una serie de *Episodios nacionales de la Independencia de Chile*, a la manera galdosiana, pero desgraciadamente no pasó más allá de la novela citada. En ella se registran los comienzos del movimiento revolucionario y como nudo central el trágico motín de Figueroa.

Silva Castro en su estudio sobre la novela chilena comenta algunas opiniones del historiador Gonzalo Bulnes alrededor de esta obra y su "historicidad", que es útil reproducir: "El libro fue saludado por don Gonzalo Bulnes —escribe el crítico— como una contribución literaria encaminada a familiarizar al público con los estudios de la historia. Pero el historiador hizo también reservas. Para Orrego Luco la idea de la independencia había germinado en el espíritu de don Juan Martínez de Rozas, quien se habría dado maña para aconsejar a la autoridad realista de la cual era consejero y asesor letrado, ciertas medidas que estaban encaminadas a producir su descrédito y, finalmente, su ruina. El historiador no puede aceptar, como es natural, que el único patriota de aquellas horas fuese Martínez de Rozas, ni menos que la red de sus astucias y ardides fuese capaz de pasar inadvertida a los ojos de los demás espectadores y actores del drama. La historia es, en general, más compleja, y en particular, es decir, en este caso, ha venido elevando en la misma categoría de Martí-

¹⁴ José Zamudio, *ob. cit.*, p. 35.

¹⁵ La primera edición de *La bandera negra*, consta de 2 vols., ilustrados por Luis F. Rojas. Existe, además, una segunda edición corregida y con nuevas ilustraciones impresa en 1903.

¹⁶ E. Astorquiza, *Don Alberto Blest Gana*, en *Revista Chilena*, N° 34, 1920, págs. 345-370.

nez de Rozas a muchos otros ciudadanos eminentes por su saber y tal vez más preciados por sus virtudes"¹⁷.

A Enrique del Solar (1844-1893), autor de leyendas y tradiciones coloniales e indígenas, se le debe también una novela ambientada en los días de la Patria Vieja, con el título de *La flor del almendro*, publicada después de la muerte de su autor, en 1910¹⁸.

Francisco Ulloa C., es autor de *San Bruno y los penitentes. Postrimerías del coloniaje* (1912), que como lo señala su título novela episodios de la Reconquista y la participación del temido capitán realista Vicente San Bruno.

El escritor René Brickles (1870-1946), más conocido por una novela sobre la Revolución de 1891, *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, publicó otra con el tema que nos interesa, bajo el título de *Un soldado de la Patria Vieja* (1929)¹⁹.

Una interesante y bien escrita novela es *La fonda de madama Clara* (1932), por Carlos Vega López (1905). Trata de la emigración chilena en Mendoza a raíz del desastre de Rancagua.

Antonio Acevedo Hernández (1886) dio a la estampa en 1936 una serie de 12 episodios bajo el título de *La Guerra a muerte*, crónica novelada de gran imaginación e intriga que pone al alcance del profano los hechos que corren en la historia erudita.

Inés Echeverría de Larrain (1866-1949), más conocida por el seudónimo *Iris*, quiso englobar en un gran ciclo histórico novelesco, la historia de Chile y compuso diversas novelas, distribuidas en tres series:

¹⁷R. Silva Castro, *ob. cit.*, p. 90. El juicio de Gonzalo Bulnes se puede leer en forma completa en la obra muchas veces citada, de Luis I. Silva, *La novela en Chile*, p. 200.

¹⁸Fue publicada en los folletines de *Las Últimas Noticias*.

¹⁹Esta novela, que no hemos visto, es sumamente rara. A lo que parece sólo se imprimieron los primeros pliegos, según se desprende de la siguiente descripción en la *Revista de Bibliografía Chilena*, 1929, p. 36: Brickles Velasco, René. Un soldado de la Patria Vieja. Novela histórica y de costumbres. Imp. Ytier. Santiago, 1929, T. I, 32 págs., 1ª entrega.

Cuando mi tierra nació (1930), *Cuando mi tierra era niña* (1942), y *Cuando mi tierra fue moza* (1943-46). Son evocadas en ellas, a través de una suerte de memorias o recuerdos de la autora, desde los tiempos de la Independencia hasta nuestros días, ambientes políticos y sociales y desfilan personajes de la vida real que han tenido resonancia histórica.

Otra escritora, Isabel Carrera de Ried, es autora de *Doña Javiera Carrera* (1937), que lleva por subtítulo el de "crónica novelada", que se desarrolla alrededor de los legendarios hermanos Carrera y los sucesos de la lucha revolucionaria.

Un capítulo de la lucha de guerrillas o montoneras en los años de la Independencia, que no tiene su centro ya en Santiago sino en provincia, en este caso, en Curicó, es resucitado en la novela *Guerrilleros* (1953), por Edmundo Márquez. Su tema se circunscribe al ámbito histórico que el mismo autor expresa en las siguientes líneas: "Al término del año 1815, San Martín empezó a enviar a Chile varios patriotas de su completa confianza, que habían de producir levantamientos en el país. Entre ellos fue mandado al partido de Curicó, Pedro Antonio de la Fuente que, junto con otros oficiales de las milicias curicanas, se había inscrito anteriormente en el ejército formado por O'Higgins.

"Francisco Villota y otros cabecillas del mismo partido recibirían su visita, con el objeto de llevar a la realidad los meditados planes del general argentino"²⁰.

²⁰Entre las novelas del siglo XIX se podría agregar, también, una de Daniel Barros Grez (1834-1904): *Cosas de la Colonia*, que abarca parte de la Reconquista. Sin embargo, permanece inédita y su manuscrito se guarda en el Archivo Nacional de Santiago.

No hemos considerado una novela titulada *Esposa y verdugo o tres piratas en Penco*, por Santiago 2º Cuevas y Puga, impresa en 1897, no vista por nosotros, pero por noticias que tenemos se refiere a sucesos de la Independencia. Fue publicada anteriormente en los folletines de *El Sur de Concepción*, en 1885. Cf. L. I. Silva, *La novela en Chile*, p. 117.

Tampoco hemos tomado en cuenta en nuestro panorama la especialidad de la biografía novelada, género más moderno, que podría ser tratado en otro trabajo.